

Así se llega en esta antología al último poemario publicado en vida por Lihn, *La aparición de la Virgen* (1987), que no fue incluido en el *Álbum...* (tampoco *Escrito en Cuba* (1969)), habiendo comenzado con *Poemas de este tiempo y de otro* (1955), segundo de su bibliografía. Aparecen representados casi todos los libros de poesía lihneanos; sólo están ausentes el primero, *Nada se escurre* (1949), que el mismo poeta había excluido siempre; también el primer corpus antológico, *Algunos poemas* (1972) que fue incorporado en el *Álbum...*, y los opúsculos *Noticias del extranjero: Pedro Lastra cumple cincuenta años* (1981) y *... poetas, voladores de luces* (1982). La elección de los poemas particulares de cada poemario es abundante y representativa de la fuente. Sin embargo y de manera inexcusable —sólo tendría que tratarse de un asunto de derechos y ni aun así— e inexcusada, Llanos ha dejado fuera el último y fundamental, el *Diario de muerte*, aunque lo había mencionado en sus palabras preliminares. El *Diario* trae noticias poéticas que no se pueden pasar por alto. La muestra concluye con un apartado que recoge *Poemas inéditos* (317-321) —tres en total: Las sirenas, «Obelisco», «A girl asleep». Desafortunadamente esta cola no luce, no por los poemas sino por lo corta y descuidada. Si se editan textos del poeta que antes no tenían libro, habría que hacerlo pródicamente. De todos modos y salvo estos detalles, además de un ligero personalismo un poco insistente por parte del antólogo, ha de celebrarse y agradecerse esta publicación.

Luis Correa-Díaz

Una antología

Nos encontramos ante la primera antología unitaria de la postguerra inmediata*, en la que se recogen con-

juntamente los grupos poéticos más variados de la década de los cuarenta: garcilasismo, poesía social, postismo, el grupo Cántico de Córdoba... etc.

Su necesidad se había hecho notar hacía tiempo. No existía una antología con un criterio suficientemente amplio como para englobar estos grupos; varias otras reflejan este panorama, pero les falta la perspectiva propia de la distancia objetivadora. Teníamos, por ejemplo, la famosa *Antología consultada de la joven poesía española* de Francisco Ribes, que, sin menoscabo de su valía, sólo admitía nueve poetas, excluyendo así algunas tendencias importantes de la época, como el postismo o el grupo Cántico. Al eliminar de sus páginas estos dos grupos, quizá por no acomodarse a las poéticas del momento, contribuyó a convertirlos en agrupaciones marginadas.

Reiteramos por tanto el interés de la antología que presenta Santiago Fortuño, profesor de la universidad Jaume I de Castellón, y especialista tanto en poesía clásica como en la de la postguerra española (su tesis doctoral analiza la obra de Carlos Bousoño).

Reúne en este volumen una selección poética de veintitrés autores pertenecientes a los años cuarenta; es evidentemente una extensa nómina, pero, además, en un completo estudio preliminar, justifica la agrupación de estos poetas dentro de una misma generación literaria.

Se ha decidido Fortuño a utilizar el polémico término de «generación», pese a la dificultad de su delimitación que él mismo reconoce: «De ahí que adoptemos el término de generación literaria por su carácter ancilar y didáctico que comporta y siempre claro está, con reservas y provisionalidad, máxime cuando su utilización ha resultado en general provechosa en el estudio de la historia literaria» (p. 59). Efectivamente, resulta ya casi un tópico que este concepto es muy discutible, y ha sido rechazado de forma tajante entre otros por Víctor García de la Concha en el máximo exponente de la crítica poética sobre este período: *Poesía española de postguerra. Teoría e historia de sus movimientos*. Sin embargo, puede resultar, desde mi punto de vista, acertado el criterio clarificador de Fortuño al someterse a las limitaciones del encuadre generacional.

* Santiago Fortuño Llorens: *Primera Generación Poética de Postguerra. Estudio y Antología*; Madrid, Ediciones Libertarias.

En el estudio previo lleva a cabo la compleja tarea de aplicar los tradicionales requisitos que deben ser comunes a los componentes de una generación literaria; labor, desde luego, ingente si tenemos en cuenta la extensa nómina de poetas y la variopinta relación de grupos que hemos mencionado, tendencias en algunos casos incluso opuestas: el garcilasismo en comunión con la poesía social, por ejemplo.

Pero Fortuño retoma aquellos nueve factores generacionales (señalados por Petersen en 1930), eso sí, con un criterio muy flexible, y los acopla a los veintitrés poetas de la antología.

Comienza por la «fecha de nacimiento»: la mayoría de los poetas no superan la clásica diferencia de los quince años; aún así admite algunas excepciones, como Eduardo Chicharro (1905), el mayor, frente al más joven, José María Valverde (1926).

Seguidamente se interesa por las «Actividades literarias aglutinadoras» de estos poetas, mostrando que, efectivamente, todos ellos publican de forma ocasional en las mismas revistas: *Garcilaso*, *Proel*, *Espadaña*... que, a pesar de mantener cada una de ellas postulados tan distantes entre sí, poseen un cierto carácter ecléctico.

En cuanto al factor «Vivencias comunes», es indiscutible el impacto que la guerra civil produjo en todos los casos. Asimismo los «Temas tratados», resultan bastante cercanos (religión, muerte, amor...); mientras que, respecto al «Lenguaje generacional», hay que desarrollar muchos matices, y Fortuño admite de nuevo varias excepciones.

Pero el requisito más complejo en este caso es el de un «Jefe o guía de la generación», porque cada uno de los grupos gira en torno a un individuo impulsor distinto (Nieto, Crémer, Chicharro... etc). Sin embargo, acertadamente el antólogo nos subraya que comparten filias y admiraciones bastante reiteradas hacia autores de nuestro Siglo de Oro, como Garcilaso o fray Luis, de la Generación del 98, Unamuno y Machado, del 27, Alexandre y Dámaso Alonso... etc.

En relación con la «Actitud con respecto a la generación anterior», Fortuño considera que «los matices son distintos, pero de ningún modo los miembros de la primera Generación poética de postguerra rompen con sus precedentes» (p. 67). Y, en cuanto al último factor a

considerar, la «Fecha de publicación de los libros poéticos», con algunas excepciones, es a partir de 1944 cuando la producción poética de estos autores alcanza su apogeo.

El estudio que comentamos, además de justificar la denominación de primera generación de postguerra, se preocupa también por exponer las características diferenciadoras de cada uno de los subgrupos. Considera como substrato u origen de toda esta promoción la rehumanización llevada a cabo por la anterior «generación del 36» (término también polémico; Bousoño, por ejemplo, no considera más que un grupo dentro de la primera generación de posguerra).

Analiza Fortuño el garcilasismo, cuyos autores incluye en la antología: José García Nieto, José María Valverde... El grupo *Espadaña*, representado en la selección por Victoriano Crémer y Eugenio de Nora; el grupo aperturista de *Proel*, que vincula a José Luis Hidalgo y José Hierro; El postismo, con muestras de Eduardo Chicharro y Carlos Edmundo de Ory; el grupo Cántico ampliamente presentado, con Juan Bernier, Ricardo Molina, Pablo García Baena y Julio Aumente; y finalmente la poesía social, que ya supone un camino abierto hacia los años cincuenta, espléndidos poemas de Blas de Otero, Gabriel Celaya,... etc.

Además, el antólogo realiza un selectivo estudio de algunos textos concretos, comentando sus temas (Dios, tiempo, muerte, amor, España...), así como los aspectos formales, desde la perspectiva estructural de su división en niveles: fónico, morfosintáctico, semántico y pragmático. Posteriormente lo ejemplifica todo en dos comentarios de textos más desarrollados: «La nada» de Vicente Gaos y «Dios sobre España» de Carlos Bousoño.

Otra de las ventajas de esta antología consiste en un exhaustivo listado de la revistas literarias de la inmediata posguerra, desde *Escorial* hasta *Clavileño*, si bien el propio autor remite a la obra de Fanny Rubio: *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, obra esta tremendamente útil para la investigación.

Por último, nos parece original y positiva la técnica con la que se presentan cada uno de los poetas antologados; en vez de limitarse a la valoración personal por parte del antólogo, se han reproducido una serie de jui-

cios procedentes de distintos sectores de la crítica, resultando una visión más compleja y plurifacética.

Resultan, inevitablemente, patentes algunas ausencias, como las de Ángela Figuera, Concha Zardoya o Salvador Pérez Valiente; pero, el mismo Fortuño se disculpa, comentando que ha tenido que excluirlos por «carecer de alguna característica apuntada». Elimina también de la selección al «grupo del 36» por considerarlo una generación aparte, predecesora de la recogida en estas páginas: «La Generación de 1936 conforma el substrato en el que va a surgir lo que llamamos la primera generación poética de postguerra» (p. 29)

Esta antología recupera para sus lectores magníficos poemas bastante desconocidos hasta el momento, autores que, por un motivo u otro, han recibido poca difusión; como estos logrados versos de Julio Aumente, componente del relegado grupo Cántico:

Vivir, morir, bajo la luz de otoño,
morir bajo los árboles espesos,
sobre la verde yerba mojada de rocío
acariciado por el sol de octubre...
Ah muerte, para mí liberadora eterna,
ala, rumor, sonido,
perpetua transparencia.
El cuerpo, otra vez limo,
raíz, labio, corriente,
sombra, suspiro, sonrisa o llanto frío...

(Julio Aumente: «Bucólica» de *Por la pendiente oscura*, 1982)

Así como versos de poetas ya consagrados pero pertenecientes a libros todavía inéditos; como es el caso del magnífico Blas de Otero, cuya última obra *Hojas de Madrid* no ha sido aún publicada. La antología merecería la pena solamente para poder volver a disfrutar con composiciones como esta:

...hojas sueltas, caídas
como cristo sobre el empedrado, decidme,
quién empezó eso de cesar, pasar, morir,
quién inventó tal juego, ese espantoso solitario
sin trampa, que le deja a uno acartonado,
si la plaza de Oriente es una rosa de Alejandría,
ah Madrid de Mesonero, de Lope, de Galdós y de Quevedo,
inefable Madrid infestado por el gasoil, los yanquis y la
sociedad de consumo,...

(Blas de Otero, «Hojas de Madrid»)

En conclusión, si la agrupación de estos poetas como generación uniforme deja algunos problemas sin solven-

tar, desde mi punto de vista, esta antología resulta, sin embargo, necesaria por ofrecernos un panorama completo de una época tan compleja.

Pilar García Carcedo

Poesía del exilio español en México*

«Abrir el diálogo es abrir, en definitiva, la palabra para penetrar en su interioridad, en sus adentros, para descender por las escalas de la palabra —esta palabra nuestra de raíz hispana, mestiza y compartida— al territorio de la memoria», dice José Ángel Valente en la conferencia inaugural del Coloquio Internacional: *Los poetas del exilio español en México*, que se celebró en el Colegio de México entre el 24 y el 28 de mayo de 1993. Las ponencias de esta reunión se han recogido en el libro que reseñamos aquí.

En 1990 se fundó, en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de esa Institución, el Fondo Eulalio Ferrer con el objetivo de estimular los estudios de literatura del exilio. Al frente está James Valender, valioso investigador de reconocido prestigio. Su labor en este

* Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México. Edición a cargo de Rose Corral, Arturo Souto y James Valender. México, El Colegio de México. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Fondo Eulalio Ferrer. 1995. 468 págs. (Serie literatura del exilio español, 2).